

Sobre esto y aquello

¿Cuán keynesianos son?

DESDE EL AÑO PASADO, SIN SABERLO, HEMOS ESTADO SIGUIENDO FIELMENTE PAUTAS KEYNESIANAS; SÓLO QUE, ¡OH SORPRESA!, MIENTRAS TANTO EL DESEMPLEO NO HA CESADO DE SUBIR, EN VEZ DE BAJAR

Por Ramón Díaz

El grave azote del desempleo ha suscitado una diversidad de propuestas para curarlo aumentando el gasto gubernamental, desde el incremento de la obra pública, pasando por la expansión del gasto social y llegando a la capitalización del BROU para que distribuya subsidios entre sus clientes. Alegrementemente, estos planes han sido ubicados bajo el paraguas de la teoría de John Maynard Keynes, pero suponer que este economista creía que abrir los grifos fiscales bastaba para superar el paro forzoso es una inadmisible simplificación.

Es cierto que Keynes creía que el desempleo debía atribuirse a una carencia de la demanda más bien que a una distorsión de la oferta, pero su enfoque no implica que pueda darse por sentado que

todo aumento del gasto público aumenta la demanda agregada, sin tener en cuenta cómo aquél incidiría sobre el gasto privado. Si la corriente de gasto del gobierno aumenta en un dólar, ¿puede presumirse que la demanda por mano de obra habrá también aumentado *pari passu*? El sentido común nos advierte que no puede extraerse esa conclusión sin antes averiguar de dónde el tal dólar salió. Si salió de la mano de un particular, a raíz de un nuevo impuesto, cuando aquél iba a gastarlo, es obvio que el incremento del gasto gubernamental no hace otra cosa que compensar la reducción del gasto privado, y que la demanda efectiva por bienes y servicios, y por tanto indirectamente por mano de obra, habrá quedado igual. Con suerte. Porque los impuestos inevitablemente generan costos sociales por la distorsión que gene-

ran en la asignación de los recursos y, aunque sacarle un dólar a un consumidor probablemente no reduzca su gasto en igual suma, ya que parte de ésta sería ahorrada, es dudoso que la operación - más gasto = más impuesto - coopere, siquiera marginalmente, para aumentar la demanda efectiva.

Por eso el gasto que Keynes recomendaba para combatir el paro tenía que ser deficitario. Básicamente, más que el desembolso, era el déficit lo que movilizaría la ma-

**"TODAS ESTAS
PROPUESTAS PSEUDO
KEYNESIANAS NO SON
MÁS QUE UNA GRAN
PATOCHADA"**

no de obra parada. Porque el saldo de la cuenta fiscal nos muestra si, en términos netos, el gasto del gobierno inyecta poder de compra en la economía, si hay déficit, o succiona poder de compra de la economía, si hay superávit.

De modo que, si hemos de presumir que las tales propuestas de agrandar el gasto tienen sentido desde una perspectiva keynesiana, tenemos que presumir que se

propone financiarlos emitiendo más deuda y vendiendo activos (v. gr. parte del capital de AN-CEL), o sea que se trata de incrementar el déficit fiscal. Pero, miren ustedes cómo son las cosas: esa política de generar déficit, que tiene por efecto inyectar dinero en la economía, a través de que el gobierno gaste más de lo que recauda, ya la venimos practicando a gran tren desde el año pasado, de manera que, sin saberlo - como aquel personaje de Molière que se sorprendió gratamente al saber que hablaba en prosa desde pequeño - hemos estado siguiendo fielmente pautas keynesianas; sólo que, ¡oh sorpresa!, mientras tanto el desempleo no ha cesado de subir, en vez de bajar. A propósito, EEUU, cuyas finanzas públicas exhiben un persistente superávit, viene practicando por ende una política consistentemente anti keynesiana, con una tasa de desempleo que no llega a una tercera parte de la nuestra y un crecimiento económico que ya dura nueve años sin interrupción.

De modo que no parece aventurado sostener que todas estas propuestas pseudo keynesianas no son más que una gran patochada. Antes de abandonar el tema, veamos si es posible extraer algún sentido de todo este enfoque. Con tal fin recordemos el debate que Keynes mantuvo con quien había sido su maestro en Cambridge, Cecil Pigou, cuando éste sostenía la tesis que inspira el sentido común, o sea que, cuando hay un excedente de mano de obra que no se puede vender, tiene que ser porque su precio está por encima de su nivel de equilibrio, igual que acontece con cualquier mercancía, presuntamente porque la acción de los sindicatos o cualquier

otro factor de rigidez impide que el ajuste a través del precio se lleve a cabo.

La respuesta de Keynes fue muy interesante. Adujo que, puesto que el mercado de trabajo era muy grande, la reducción del precio (salario) determinaría al mismo tiempo un abatimiento de la demanda por mano de obra, ya que los trabajadores demandarían menos bienes y servicios al precio corriente, y por esa vía una ulterior reducción del precio de equilibrio, tanto del trabajo como del producto del trabajo, con la consiguiente persistencia del exceso de oferta (desempleo). Y así sucesi-

vamente, si el salario nominal bajaba más aún, de modo que la flexibilidad del mercado laboral sólo tendría por efecto provocar una espiral deflacionista que generaría múltiples inconvenientes, sin resolver el problema básico del desempleo.

Noten que Keynes no invocó el interés de los trabajadores para desestimar la tesis de Pigou, porque lo que habría de bajar, según ésta, era el salario nominal, mientras el salario real permanecía incambiado en virtud de que todos los precios se moverían en la misma dirección. Keynes simplemente argumentaba que, sin la "viscosidad" de los salarios, el nivel de precios sería volátil. Pigou respondió que Keynes olvidaba el papel del dinero. Si, a raíz del desempleo, los salarios y los precios se ponían a bajar, la liquidez de los agentes económicos crecería, y eventualmente el gasto privado resultaría reanimado. Y tenía razón; pero esto - el "efecto Pigou" - tan importante en la historia de la teoría monetaria, no es lo que aquí nos interesa.

Lo que cabe destacar aquí es que Keynes usó un modelo cerrado, donde ningún bien ni servicio es internamente transable, y que Pigou lo enfrentó en esa clase de terreno hipotético; pero que si la economía de hecho es abierta, los precios de los bienes transables, a través del comercio exterior, serían los estabilizadores del nivel de precios interno. Y Keynes expresamente reconoció que, en un modelo abierto, su exclusión de un ajuste del lado de la oferta, a través de la flexibilidad salarial, no sería admisible.

La conclusión es que la teoría económica, en un mundo globalizado como el de hoy, en el que los modelos cerrados han perdido toda relevancia, es que el paradigma keynesiano, en el que se salía del paro y la recesión vía gasto deficitario, es un concepto que, en el mejor de los casos, pertenece al pasado. La solución imperativamente tiene que pasar, o bien por la flexibilización del mercado de trabajo, o bien por la devaluación, cuya única razón de ser, como instrumento de reactivación, es reducir los salarios nominales. Pero que lo hace de una manera salvaje, arrastrando a la insolvencia a una multitud de agentes económicos, lo que suministraría un factor independiente de contracción económica y desempleo, como ocurrió entre nosotros entre 1982 y 1984, a la que, sin embargo, eventualmente habrá que llegar si los soportes de la rigidez del mercado laboral se muestran inexpugnables.

